

Tercer Premio Redacción Estudiantes

El bosque pintado

La atención de Aitor se centraba en una serie de reclamos sonoros, agudos y fuertes. Notó como un ave se le acercaba mientras el sol ardiente, de aquel día de finales de verano, se filtraba entre las hojas de los árboles. Unos cálidos rayos de luz se proyectaban en las mejillas del anciano. Se pasó varias veces las manos por el rostro, como si su intención fuese coger aquella fuente de calor efímera. Aitor respiró profundamente, dejándose llevar por el aroma del bosque pintado.

No se inmutó al oír unos pasos ligeros que se acercaban. Se trataba de Álex, su antiguo aprendiz, que lo había acompañado hasta aquel lugar. Éste se quedó absorto, observando el paisaje, convertido en un gran lienzo. Contempló fascinado la variedad de pinturas que cubrían los árboles, manchas rojas, azules, naranjas, blancas, amarillas y verdes. En su conjunto formaban figuras geométricas, de animales y hasta humanas. Las pinceladas se intercalaban entre los árboles y, desde la perspectiva adecuada, se podía contemplar una auténtica obra de arte. Envuelto por la magia de la naturaleza y de aquellos ojos pintados en los troncos de los árboles, que lo observaban, se olvidó de todo y de todos.

A Aitor siempre le había gustado hacer senderismo. Esbozó una sonrisa al recordar aquellos tiempos de juventud en los que recorría los montes con los amigos. Pero hubo un día en su vida que lo marcó para siempre, y fue entonces cuando dejó de ir a la montaña, de salir con sus colegas y de ser él mismo. Recordó aquella mañana. El despertador había sonado muy temprano y con las manos entumecidas a causa del frío, salió a la calle. Se dirigió a la fábrica, donde trabajaba desde jovencito, recorriendo las mismas calles que lo habían visto crecer. La tenue luz de un sol de mediados de marzo iluminaba su camino. Cuando llegó a su destino, vislumbró a un joven que se acercaba saludándolo. Él se le acercó y le dio unos afectuosos golpes en la espalda. El chico respondió con un entrecortado, buenos días. El principiante no se separó de Aitor. Entraron en la fábrica de metalurgia. Los dos sabían lo que habían de hacer. Uno con más experiencia que el otro, pero ambos tenían claro su cometido. Todo sucedió muy deprisa, un fuego mal direccionado traspasó la pantalla del casco con el que Aitor se cubría. Aitor profirió un grito ensordecedor.

Álex se quedó estático observando la escena, paralizado, como un mero espectador. Maldijo su ineptitud al no saber cómo responder cuando se llevaron a su instructor a hombros. Afortunadamente su maestro conservó la vida, pero a un alto

precio, porque quedó ciego. Álex se comprometió a ayudar a Aitor en todo lo que pudiera. Aitor pudo seguir viviendo en su casa de siempre y encontró ayuda cuando la necesitó. Le tendieron la mano, personas que le garantizaron atención personalizada y además se preocuparon para que aquel infortunio no volviese a suceder. Un par de días más tarde del incidente llegaron a la fábrica los equipos de protección individual, expertos en prevención de riesgos laborales. El propietario de la fábrica hubo de implantar medidas de seguridad adicionales y desde entonces los trabajadores no sufrieron ningún percance más.

Aitor se recostó contra un árbol, recordando cómo había cambiado su vida. Ahora que tenía tiempo para pensar, rememoró por enésima vez aquel fatídico momento. Un exceso de confianza, le llevó a cometer una imprudencia. Por fortuna ahora los métodos de seguridad laboral, también previenen este tipo de peligros.

Aitor ya no podía observar el mundo que lo rodeaba, pero estaba seguro que el mundo sí lo observaba a él. Bajo la mirada de aquellos inmensos ojos pintados en los árboles, permaneció en silencio, cautivado por la belleza de aquel paraje idílico.

Laura Almiñana Mestres

16 años

INSTITUTO JAUME BALMES

Barcelona